

***Marcos* : una novela juvenil latinoamericana**

LIPMAN, Matthew y PINEDA, Diego A.: *Marcos. Novela de filosofía social y política*, Bogotá, Editora Beta, 2004.

Reseñada por: Camilo Eduardo Martínez Orozco [\(1\)](#)

Marcos es la última novela de la serie creada por Mathew Lipman para el programa de Filosofía para Niños. Como cada una de las novelas anteriores, ésta también está pensada como un programa de investigación filosófica, cuyo tema, en esta ocasión, es la investigación social. Ahora bien, esta serie ha sido traducida y adaptada para Colombia por Diego Antonio Pineda. Este último trabajo, sin embargo, va más allá de la traducción y la adaptación, pues las enormes diferencias políticas, culturales, económicas y sociales que se abren entre el ambiente norteamericano en que *Mark* (el título original de *Marcos*) fue escrito y las particularidades que definen la realidad colombiana condujeron a un profundo esfuerzo de reescritura con el fin de mantener el programa de investigación social original. Así, *Marcos* es mucho más que la traducción y adaptación de *Mark*: se trata de un programa de investigación social pensado y escrito desde y para la compleja realidad colombiana. ¿Significa esto, entonces, que *Marcos* sólo tiene sentido para Colombia? Creo que no, pues tanto las situaciones como los personajes que hacen parte de su trama traspasan las fronteras de los países latinoamericanos. Veamos.

En primer lugar, nos volvemos a encontrar con Harry, Toño, Elisa, Susy, Marcos y sus otros compañeros de clase, cada uno de los cuales afronta la vida desde su peculiar punto de vista, lo que conduce a ricos diálogos en los que se ponen en juego diversas opiniones y alternativas para solucionar los distintos problemas que deben enfrentar en el colegio y fuera de él. Es Marcos, no obstante, el encargado de guiar el hilo argumentativo de esta novela, pues su rebeldía ‘natural’, su inconformidad, y su carácter explosivo le harán difícil lidiar con los radicales cambios que él y su hermana tendrán que afrontar a lo largo de las páginas en las que se desarrolla esta nueva aventura. Es así como Marcos se constituye en el principal sospechoso de un acto de vandalismo perpetrado en su propio colegio, lo cual justifica la intervención de la autoridad oficial, representada por un juez de paz, así como la casi constante vigilancia que el rector decide asumir personalmente sobre Marcos y el desarrollo de la clase de Sociales de su curso.

En medio de esta historia que no deja de cautivar por sus tintes policíacos, los jóvenes inician, junto con su maestra y el juez de paz, una investigación propia: aquella sobre la sociedad, la autoridad, la democracia, el mercado, la justicia, el poder, el bien común, y la marginalidad, etc., que los llevará a romper las fronteras del aula de clase para lanzarse en una suerte de trabajo de campo con el fin de comprender mejor el mundo en el que viven.

Particularmente interesantes en este escenario resultan las figuras de ‘lo otro’ que confrontan las nociones, las ideas y las experiencias que sobre la realidad social tienen los diferentes personajes. Así, por ejemplo, los personajes del juez de paz y

de los delincuentes juveniles desempeñan un papel fundamental en tanto cuestionan, cada uno a su manera e incluso desde polos opuestos, los imaginarios que sobre lo que constituye una sociedad ideal pueblan nuestras mentes.

Otro punto de interés es la elección que los jóvenes asumen al momento de definir la metodología de su investigación social. Tras cuestionar las fuentes tradicionales a partir de las cuales se suele llevar a cabo dicha investigación (los libros y otro material de consulta, por más interactividad y despliegue tecnológico que pueda ofrecer), Marcos y sus compañeros llevan la crítica hasta las salidas de campo y las excursiones que se han convertido, poco a poco, en una obligación más. “En efecto -se preguntan-, ¿qué de valioso hay en visitar por un rato un juzgado, la bolsa de valores, o una alcaldía? Después de todo, allí no sólo todo es extraño, sino que *todos* son extraños. ¿No sería mejor -continúa su razonamiento- *conversar* con quienes no sólo no son extraños sino que también saben cómo funciona la sociedad porque llevan más tiempo *viviendo* en ella?” Es así como el curso entero se embarca en una serie de visitas a las familias de algunos de sus miembros.

Esa elección metodológica tiene varios aspectos interesantes. En primer lugar, para nosotros los maestros es un magnífico ejemplo del tipo de actividades alternativas que pueden llevarse a cabo en el marco de un programa curricular, aunque si bien los aspectos más espinosos y difíciles de la misma (como la evaluación) no se hacen explícitos. En segundo, lugar, el hecho mismo de que la sugerencia metodológica provenga de los estudiantes nos recuerda que nuestros estudiantes son interlocutores competentes y actores legítimos de su propia educación. En tercer lugar, se trata de una metodología fundada en el *diálogo*: los jóvenes no quieren enormes monólogos de fuentes eruditas, prefieren un intercambio razonado de opiniones en los que también ellos puedan participar; esto supone que nadie tiene la última palabra sobre la sociedad. En cuarto lugar, se trata de una metodología interesada por las *personas* más que por los conceptos: los jóvenes prefieren dialogar con personas que conocen y no con extraños; esto les permite garantizar un ambiente de cuidado, respeto y confianza al tratar temas que están tan cerca de nuestras convicciones más profundas como la justicia y el bien común. En este punto también vale la pena resaltar la forma como los jóvenes se relacionan con los adultos y viceversa, lo cual no deja de ser un ejemplo sumamente poderoso de relaciones intergeneracionales. Finalmente, se trata de una metodología en la cual la *experiencia* juega un papel determinante: los jóvenes prefieren conversar con personas que han vivido más tiempo la sociedad que ellos también están viviendo (aunque si bien sólo gradualmente se percatan de esto último, a medida en que avanzan tanto en su investigación social como en la investigación del acto de vandalismo). Así, la pregunta por la democracia formal se transforma en una indagación que, sin dejar de lado este aspecto de la democracia (constantemente recordado por personajes como el juez de paz, los padres de familia, e incluso los delincuentes juveniles), se concentra en la democracia como forma de vida: en la forma como diversas personas viven una sociedad democrática.

Ahora bien, el aspecto formal de la democracia no sólo es el punto de inicio de la investigación, sino lo que permite articular todas las subsiguientes discusiones. Así,

la pregunta “¿Qué es la democracia?” dispara la enunciación de un sinnúmero de rasgos formales de los Estados democráticos. Esta línea de investigación, sin embargo, se agota pronto, tras constatar que esos rasgos resultan insuficientes para definir la democracia. Es entonces cuando la investigación ‘se eleva’ de los rasgos hacia los criterios y, tras algunas idas y venidas del diálogo, aparecen el bien común, la justicia y la libertad como aquello que define la democracia. A partir de allí, Marcos y sus compañeros explorarán las diversas maneras como estos tres criterios se manifiestan en la realidad social, así como los diversos conflictos que surgen entre los tres y las múltiples formas en que pueden resolverse estas tensiones. Una de las mejores muestras de esta riqueza es el conjunto de tres cálidas historias que nos ofrece la oportunidad de compartir la forma en que tres diferentes personajes interpretan y han vivido el criterio de justicia.

A pesar de estos y otros tantos puntos fuertes que hacen de *Marcos* un material altamente fructífero si se utiliza correctamente, no deja de tener problemas. Me referiré a dos de los que me parecen más notorios: la figura del juez de paz y algunas situaciones de la trama.

En primer lugar, la figura del juez de paz es problemática porque no encaja del todo en las formalidades y en los escenarios que la legislación colombiana ha prescrito para ese cargo, aunque si bien esos aspectos pueden interpretarse creativamente para que lleguen a cubrir también la intervención de dicha figura. Habiendo discutido ampliamente este tema con el autor debo reconocer las inmensas dificultades que enfrenta quien pretenda mantener, por un lado, el referente a la obra original y, por el otro, la representación de la realidad colombiana. La figura del juez de paz puede ser la mejor solución para este escollo y resultar problemática sólo para algunos ‘puristas jurídicos’; creo, empero, que no puede dejar de ser una solución incómoda para un programa que pretende que los lectores se identifiquen con las situaciones y los personajes de una novela porque reflejan su propia realidad.

El segundo problema apunta en la misma dirección y se manifiesta en la forma en que algunos personajes se comportan cuando entran en contacto con las figuras que representan lo radicalmente otro. Así, cuando a uno de los compañeros de Marcos le roban su bicicleta, éste entabla un amable y tranquilo diálogo con los ladrones, mientras éstos esperan a que ‘no haya moros en la costa’ para poder escapar. Más adelante, en otra ocasión, ese mismo personaje comparte el almuerzo con sus otrora victimarios (y ahora estafadores confesos) en el apartamento que éstos habitan. Que no se me malentienda: no estoy defendiendo posiciones prejuiciosas; lo que me preocupa es que estas situaciones, una vez más, no parecen ser suficientemente reales. Es cierto: los personajes de las novelas de Filosofía para Niños son (y deben ser) modelos cognitivos y morales, pero no hasta el punto de hacerlos poco plausibles, alejándolos, por tanto, de la identificación con los niños reales. Creo que para que situaciones y actitudes como las descritas alcancen mayor verosimilitud hace falta trabajar aún más los contextos afectivos de los personajes involucrados: el lector debería conocer más la batalla interna que libran los personajes entre sus prejuicios, sus inclinaciones ‘naturales’ y sociales, sus emociones y sus juicios. Sólo entonces podríamos comprender acertadamente que

los personajes se comportan de esa manera porque se han superado a sí mismos, pero dicha superación toma tiempo y es producto de un proceso que podemos, si no controlar, al menos influenciar.

A pesar de estas dificultades, *Marcos* es una obra fiel a los esfuerzos de Filosofía para Niños por alcanzar la identificación entre los jóvenes lectores y los personajes de sus novelas, al tiempo que también permanece fiel a su noción de investigación: más que respuestas y tópicos de filosofía política y filosofía social, lo que quedan son preguntas. ¡Manos a la obra!

[\(1\)](#) Miembro del grupo Lisis – Proyecto de educación filosófica.